

## CAPITULO VIII.

### Culto externo.

I. Dios no necesita culto exterior.—II. Dios no saca ningun provecho de nuestro culto.

Semejante á la máxima precedente es otra, que tambien ha logrado gran crédito en nuestros días. Consiste en afirmar que bastando á Dios el corazon, no necesita de culto externo, que no se cuida de las formas exteriores del culto, que no son más que vana superfluidad, y que tampoco necesita de nuestros obsequios. Con la precedente, trataban de combatir todos los cultos; con ésta procuran aniquilar por lo ménos el culto exterior que se practica en la Iglesia. Con aquélla asaltaban directamente la religion; asáltanla indirectamente con ésta, pero con no menor eficacia y perversidad.

I. *Bastando á Dios el corazon*, decís, *no se cuida del culto externo*; mas ¿estais bien ciertos de que le basta el corazon? Yo, por el contrario, estoy cierto de que no le basta poco ni mucho. Y mi razon es sencillísima, porque imposible cosa es darle el corazon sin dárselo por medio de ritos, de ceremonias y de actos tambien *exteriores*. ¿Quereis verlo? ¿Qué es el hombre? Es un compuesto de alma y cuerpo esencialmente. Si tomais sólo el alma, es un espíritu separado; y si tomais sólo el cuerpo, es un cadáver: es necesario tomar el uno y la otra para tener un hombre. ¿Cómo procede, por lo tanto, él en fuerza de dicha union? Obra con aquel género de operaciones que resulta del uno y de la otra. Intentad un poco admitir en vuestro corazon cualquier afecto, sin que pronto se manifieste aun en el exterior. El temor os hace palidecer, el gozo os hace saltar, la cólera os hace temblar como las hojas de un árbol, el amor se os conoce en el

rostro á mil leguas de distancia: hasta tal punto sucede así, que cuando quereis ocultar alguno de estos afectos, la conmocion os vende y os descubre cuando ménos lo deseais. ¿Que quiere decir esto? Que el cuerpo y el espíritu en su estado de union van de acuerdo, y dependen el uno del otro, siendo completamente imposible que no tengan una operacion comun. Ahora bien: si esto se verifica en todas nuestras operaciones, ¿por qué no deberá verificarse tambien en el ejercicio de la religion? ¿Cómo! ¿Seremos de una naturaleza para las cosas terrestres, y de otra para las celestiales? Mirad cómo estas cabezas vacías quisieran dejar de ser hombres para hacerse filósofos. Precisamente como aquel cubero que para pulir un tonel comenzaba quemándolo.

Por lo demás, aunque fuese posible lo dicho; aunque pudiera ejercitar el hombre toda la religion solamente con el alma, ¿sería lícito hacerlo? No, sin duda, porque la religion es un deber que corresponde, no sólo á cada persona aislada, sino á toda la sociedad. Es tal, que deben tomar parte todos los hombres en ella en comun. Os aclararé las cosas con un ejemplo. Si un Monarca va á visitar una provincia suya, ¿basta, por ventura, que cada ciudadano en particular le preste reverencia? No, ciertamente, sino que toda la ciudad en cuerpo lo reconoce con actos y fiestas públicas. Y esto ¿por qué? Porque aquel Monarca, no sólo es el superior de los individuos, sino tambien de toda la ciudad y de toda la provincia. Ahora bien: Dios, no sólo es Señor de los individuos, sino que es dueño tambien y autor de toda la sociedad; tiene el derecho de ser reconocido por la misma sociedad con actos de religion. ¿Y de qué manera se practicará esta religion *en comun* sin actos exteriores? ¿Quisiera ver cómo podrán los hombres reunirse sólo con actos de la mente, á semejanza de los ángeles, sin que tengan necesidad de los sentidos para entenderse! Quizás será esto una propiedad de aquellos señores de la *religion del corazon*, y buen provecho les haga; mas nosotros, pobres hijos de



Adan, necesitamos la religion del corazon no separada de la de los sentidos.

Y que así es, podreis convenceros de ello aún por otro camino. Cuando os encontréis con alguno de aquellos que con aire filosófico elevan á tal altura la *religion del corazon*, llamadlo un poco aparte y hacedle algunas preguntas. «Señor mio, decidle valientemente cara á cara: esta *religion del corazon* tan perfecta, cuyo secreto profundo teneis, ¿cómo sale cuando se ejercita? ¿La practicais de veras? ¿La practicais frecuentemente? ¿La practicais por lo ménos alguna vez? Vamos, decid: ¿os retirais alguna vez en el secreto de vuestro corazon, y allí sólo con Dios, os humillais profundamente, le pedís perdon de vuestras culpas y tomais generosas resoluciones de no ofenderlo más? En una palabra: ¿le prestais el homenaje de aquel vuestro *gran corazon* que es el único *incienso* que debe arder, como decís, sobre el altar de la Divinidad? Vamos, hablad claramente y decid la verdad una vez: ¿haceis todo esto, ó no haceis nada?» Lector mio: á estas preguntas alguno caerá de las nubes; otro os mirará con aturdimiento, y otro, para salir más pronto del paso, os enviará á todos los diablos. ¿Qué significa esto? Hé aquí descifrado el misterio.

La *religion del corazon*, ó sea la religion sin actos exteriores, es imposible, y aquellos ribaldos que procuran honrarla lo saben como nosotros, y no se valen de ella sino como de un ardid de guerra. Comprenden perfectamente que rechazar del todo cualquier culto es una cosa brutal, que les haría parecer ménos que hombres aún á los ojos del mundo, que no es muy escrupuloso; por otra parte, profesar alguna equivale á obligarse á ella delante de la sociedad, y éste es un fardo que no se quiere sobre las espaldas: hé aquí por qué se ha recurrido á una religion invisible, como la del corazon, protestándose que es la verdadera; mas como ninguno puede ver el corazon, no tiene necesidad de hacer nada. Decia uno de buen humor que fingen éstos la naturaleza de los ángeles para poder ser bestias impunemente. De este modo se libran de la tacha

de no tener religion, y no sufren la incomodidad de practicar alguna; así logran tambien reputacion de filósofos, al par que llevan una vida de cerdos. ¿No es bella la invencion? ¡Bellísima de veras! ¡Lástima que así como se burlan algunos de los hombres, no se puedan burlar de Dios, escudriñador de los corazones!

Que tal es el verdadero motivo de tanto magnificar la religion del corazon como se hace en nuestros dias, lo podreis conocer aún viendo que los mismos, olvidándose del papel que representan, dejan traslucir alguna vez claramente sus sentimientos con otra máxima igualmente perversa. ¿Qué necesidad tiene Dios de nuestras mezquindades, de nuestros actos de religion? ¿Qué provecho le pueden reportar? Con cuyas palabras hacen traicion abiertamente á su secreto, y muestran hasta el fondo la corrupcion de sus corazones, dando á conocer que no quieren practicar religion alguna. Sigámoslos aún en esta nueva máxima suya importante.

II. Dios no tiene necesidad de nuestros obsequios mezquinos, y no saca de ellos ninguna ventaja, dicen. Ya lo sabíamos. ¿Y qué? ¿No se le deben prestar, por lo tanto? Somos nosotros, propiamente nosotros, los que tenemos necesidad, y no Dios. Ninguno ha existido jamás tan estólido que haya inculcado la religion porque Dios tuviese necesidad de ella. Ya se sabe que toda la necesidad es nuestra. Somos criaturas de Dios, y tales, que todo lo que tenemos y esperamos está en sus manos: debemos, pues, depender continuamente de El para recibir de El todo lo que necesitamos. Si no nos conservase continuamente, caeríamos á cada instante en la nada; si no nos asistiese á cada momento, á cada momento quedaríamos oprimidos por cualquier calamidad. Fingid que la luna no quisiera depender del sol, bajo el pretexto de que no tiene necesidad de él: ¿qué diríais? Diríais que disminuía de veras aún en el plenilunio. No debe depender para bien del sol, sino para el suyo, porque sin el sol quedaria en perpétua oscuridad. Imaginad que una ovejita no qui-



siera estar sujeta ni depender de su pastor, bajo el pretexto de que no tiene necesidad de él. Diríais á esta oveja loca que ella es la que tiene necesidad, porque sin el pastor no sabrá á dónde debe ir á pacer, y morirá de hambre; ó bien que, sin defensa quedando, será despedazada por los lobos. Igualmente, siendo Dios el único Padre nuestro, el único auxilio nuestro, la única seguridad nuestra, el único que nos podrá conducir á nuestro fin altísimo, no podemos pasar sin El: necesitamos seguir constantemente á su alrededor, para que de continuo derrame sus gracias sobre nosotros.

Esto, sobre todo, se ve relativamente á los pecados. Dios no tiene necesidad de nosotros; mas ¿es verdad que le ofendemos mucho con nuestras culpas? Si es verdad que olvidamos y hollamos muchas veces la ley que nos ha impuesto, lo es que somos reos. Ahora bien. ¿Quién no ve que tenemos necesidad, y gran necesidad, y necesidad imperiosa, de obtener el perdón, si queremos no incurrir en su venganza, y llegar finalmente, no obstante nuestras culpas, á puerto de salvación? El juez sin duda no tiene necesidad del reo, el rico no tiene necesidad del pobre, el poderoso no tiene necesidad del débil; mas los quejumbrosos y los culpables tienen necesidad de quien les ayude y proteja. Así nosotros tenemos necesidad de Dios para desenojarlo, hacerlo propicio, tenerle favorable, á fin de que suspenda sus castigos, y, aceptando nuestras humillaciones, use de misericordia con nosotros. Id, pues, á decir que Dios no tiene necesidad de nuestra religión, si os sentís con valor para ello.

Fuera de que, aun cuando nouviésemos necesidad de El, ¿sería verdad que no tendríamos obligación de prestarle nuestros obsequios? No, por cierto. Dios tiene derecho á ellos, y derecho tan esencial, absoluto é imprescriptible, que no puede renunciarlo sin dejar de ser Dios.

¿Podría un padre nunca despojarse de la dignidad y autoridad paterna declarando que su hijo podía licitamente golpearlo, escarnecerlo y maltratarlo? Sería una violación de las leyes sacrosan-

tas de la naturaleza. ¿Podría un esposo renunciar á sus derechos, consintiendo que su esposa le fuera infiel? Sería un horror. ¿Podría un príncipe despojarse de su condición de soberano, hasta el punto de poner toda su autoridad en manos de sus súbditos? Sería una subversión de todo el orden social. Mas aun cuando todos pudiesen renunciar á tan esenciales derechos, no podría renunciar Dios á los suyos. Puede no formar criaturas; mas no puede, una vez las ha formado, dejar de dirigirlas á sí, porque no puede dejar de ser su fin último. Por esto, aunque no tuviésemos necesidad de El, no podría prescindir de nuestro culto si no cesaba de ser Dios, y si nosotros no dejábamos de ser criaturas.

Lo dicho me suministra otra razón no menos clara. Aunque Dios (cosa imposible) nos prohibiese honrarle, servirle y prestarle nuestro culto, no podríamos hacer lo contrario de lo que hacemos ahora: ¡tan necesaria es para nosotros la religión relativamente á El! ¿Os admiráis quizás de esta proposición? Pues bien, contestadme.

Si Dios prescribiese á la luz que no iluminase, al fuego que no quemase, al agua que no mojase, al viento que no soplase, á los árboles que no diesen ramas, hojas, flores y frutos, y así sucesivamente; si quitase á todas las criaturas su propia operación natural, ¿qué podrían responder todos estos seres? Que tanto valdria para ellos ser aniquilados; porque si todo aquello que son lo son sólo en orden á dichas operaciones, quitadas éstas, quedan completamente vanos é inútiles. Ahora bien: sabed que lo mismo pasa con el hombre respecto de Dios. El hombre tiene una inteligencia que se le ha dado para conocerle, y un corazón para amarle, como el árbol ha sido hecho para producir y el pájaro para volar; la inteligencia nunca descansa, ni el corazón se satisface nunca hasta que se unen á Dios; si pues quitáis al hombre la religión, que es el único medio para unirse con El, habeis aniquilado y destruido al hombre. ¡Ved, pues, cuánto yerran los que creen que Dios los ha dispensado del deber de la religión!



Y esto para no decir nada de la ofensa que hacen á la bondad de Dios, la cual exigiria, si tanto se pudiese, un amor y un servicio infinitos. ¿Cómo no? Una bondad de cualquiera nos encanta; ¿y no ha de movernos la bondad de Dios? Un rayo de bondad creada nos fascina; ¿y no han de arrebatarnos los rayos infinitos de una belleza increada? Un áura de sabiduría nos deja maravillados y absortos; ¿y podremos rehusar nuestra admiracion á una sabiduría infinita? No podemos prohibir á nuestro corazon que ame los objetos amables; ¿y podremos impedir que ame un Sér infinitamente digno de amor?

¿Podremos todo lo dicho cuando además este Sér, infinitamente bueno, hermoso, santo y amable, sea para nosotros espléndido de los beneficios más singulares, de las gracias más preciosas y del amor más tierno? ¿Cómo! ¿Somos tigres del Africa, panteras ó leopardos? ¿Tenemos un corazon dentro del pecho, ó una piedra? O negar que cuanto tenemos procede de Dios, ó consentir que estemos continuamente á su alrededor con todos los obsequios que la religion puede poner en los lábios ó en el corazon.

Finalmente, si Dios no se cuida de nuestro culto; ¿por qué vino á la tierra á establecerlo? ¿Por qué lo instituyó y propagó? ¿Por qué hizo todo esto con tanta solicitud? ¿Por qué mandó á sus Apóstoles por toda la tierra? ¿Por qué fundó una Iglesia en el mundo para que perpetuára el culto hasta la consumacion de los siglos? Además, si no se cura del culto externo, ¿por qué ha prescrito en el culto tanta multitud de actos exteriores? ¿No es cosa externa la predicacion? ¿No es externo el sacrificio de nuestros altares? ¿No son cosas externas los Sacramentos? ¿Pueden no ser externos los ayunos y tantos actos de virtudes prescritas por el Evangelio? O negar terminantemente toda la grande obra de la Encarnacion divina, ó conceder que á Jesucristo le importa extraordinariamente nuestro culto. Lo primero no se atrevieron á decirlo ni aun los demonios, porque confesaron que Jesus era el Hijo de Dios. ¿Cómo, pues, negar lo segundo?

## CAPÍTULO IX.

### Religion.

I. Basta hacer bien.—II. Yo no robo ni mato.—III. Es un hombre honrado, aunque le falta un poco de religion.

Además de la religion del corazon, hay otra á la que recurren en estos dias no pocos que buscan siempre medios de evitar cuanto pueden el ejercicio verdadero del Cristianismo. Podria llamarse *la religion del hacer bien*. «¿Qué necesidad, dicen, hay de romperse la cabeza, de angustiarse el corazon haciendo tantos estudios, y de consumir el ingenio en una multitud de verdades que no se comprenden y de ejercicios que fastidian, bastando á Dios mucho ménos? *Haga yo bien*, y Dios se quedará satisfecho: no puede pedir más á sus criaturas un Padre tan bueno.» Por necio y vano que sea este sofisma, no deja de hacer mella en ciertos espíritus ligerísimos, y de persuadirles de que deben olvidar todos los cultos. Veamos, pues, si sufre poco ni mucho el martillo de la discusion.

¿Qué quieren significar al decir: *basta hacer bien*? O nada quieren decir, ó que la vida buena excusa todas las religiones. La bondad de la vida, las costumbres honestas, los modales finos, la conducta irrepreensible, la pureza en el vivir, son ciertamente cosas muy laudables: mas, por favor, ¿bastan para constituir un hombre verdaderamente bueno? La vida buena abraza tres partes: la piedad hácia Dios, la justicia hácia el prójimo, y la sobriedad hácia sí mismo; si cualquiera de ellas viene á ménos, viene tambien á ménos la bondad. Ahora bien. Admitamos un instante que éstos no ofenden al prójimo, que *no roban ni matan*, de lo cual se vanaglorian; concedámosles tambien que no se dejan llevar á liviandades, á licencias y á disolucio-



nes (de lo cual no se alaban); otorguémosles asimismo que nada se puede decir sobre su conducta. El faltar completamente á la piedad hácia Dios y á los ejercicios del culto, ¿lo juzgan leve de tal modo que no les impide ser *buenos*?

Hemos indicado hasta qué punto es obligatoria la religion. Ahora bien: ¿pueden ser buenos los á que aludimos, violando aquellos deberes tan sacrosantos? Dios impone la religion con tantos títulos cuantos son sus atributos; ¿pueden ser *buenos* hollándolos todos? Dios la impone con tantas razones cuantas son las de nuestra dependencia y subordinacion; ¿pueden ser *buenos* despreciándolas y convirtiéndolas en nada? El Hijo de Dios, para amañarnos en la religion y establecerla entre nosotros, se dignó venir á la tierra y hacerse hombre; se complació en hacerla patente con su boca divina, en autenticarla con sus milagros, en atraernos con sus promesas, en amenazarnos con eternos castigos si la hubiéramos olvidado, en prometernos recompensas eternas si éramos fieles á ella: despreciando los referidos y conculcando las bondades divinas, sus promesas, sus amenazas, sus premios y sus castigos, sus prohibiciones y sus mandamientos, ¿se venden como *buenos* y se juzgan tales? Es preciso, en verdad, además de la fé, haber perdido hasta la razon para expresarse de tal modo. No, no; no son buenos los mencionados, porque les falta el primer fundamento de la verdadera bondad, ó sea la piedad hácia Dios, bien que sea su conducta la más pura y la más inmaculada.

II. Por lo demás, ¿llevan tales buenos la vida ejemplar de que se jactan? No lleveis á mal que lo ponga algo en duda. Ponderad los motivos que me tienen perplejo, y resolved despues vosotros la cuestion. Por punto general, entre sus preceptos cuentan sólo dos: *no robar ni matar*. Me concederéis sin dificultad que esto es restringir un poco demasiado el catálogo. Entre las virtudes sólo conocen una, esto es, la beneficencia, lo cual perjudica un poco las teologales, las cardinales y las morales. Reducida toda la vida á dichos deberes tan

escasos, veis que hallan tambien mucho lugar otras acciones que comprometen un poco el *basta ser bueno*. Hallan tambien lugar todas las vanidades que idolatra el mundo, y no respiran más que pasatiempos, recreaciones, fiestas, teatros, juegos y diversiones. Hallan igualmente lugar todos los excesos de la gula, de la intemperancia y de la vida muelle. Hallan asimismo lugar las tramas, los conventículos y las conspiraciones de las sociedades secretas. Hallan además lugar principalmente todas las concupiscencias de la carne. Reducidos los Mandamientos al *yo no robo ni mato*, queda lugar para insidiar á la mujer ajena y prostituir la propia, para los pensamientos inmundos, para los discursos cobardes, para los escotes indecentes, para las complacencias criminales, para todas las torpezas propias de los animales. Estas abominaciones no están poco ni mucho prohibidas en aquel Decálogo compendiado.

Un poco de beneficencia no corrige gran cosa el error, ni abre un campo más espacioso al ejercicio de la bondad. No impone la obligacion de reprimirse á sí mismo, ni de combatir las propias inclinaciones, ni de vencer las grandes dificultades, ni de renegar del propio espíritu. Para demostrar perfectamente un poco de beneficencia, basta intervenir sólo en cualquier baile humanitario, en cualquier representacion teatral, en cualquier academia de música, mayormente durante la Cuaresma; en tomar cualquier billete de lotería; en contentar á cualquier señora elegante que graciosamente os presenta un azafate para estimular vuestra filantropía inextinguible. No podeis desconocer que áun este ejercicio de bondad no es la cosa más árdua del mundo.

Aumenta mucho más las dudas que tenemos los católicos otra razon muy poderosa. Sabemos que sin la gracia divina nadie puede perseverar mucho tiempo en el bien, sobre todo en medio de peligros y de tentaciones tan graves como las que se hallan en el mundo. Para nosotros los católicos esta verdad es incontrovertible, porque la fé nos la presen-



ta muy claramente. Las vías ordinarias para obtener esta gracia son dos únicamente: la oracion y los Sacramentos; hasta el punto de que alejarse de éstos ó de aquélla es lo mismo que ponerse desarmado en un campo de batalla y pretender no quedar herido, ó sea casi un imposible. Ahora bien: el que reduce su religion á no robar ni matar, no tiene costumbre de hacer oracion, ni de confesarse, ni de comulgar, y por lo tanto no tiene los auxilios que necesita absolutamente para resistir las tentaciones y para superar los obstáculos que preciso es vencer para llegar á la verdadera bondad. Por lo cual fuerza es concluir que estos *buenos* sin religion deben caer necesariamente en una multitud de pecados, segun las ocasiones que se les presenten. La consecuencia es innegable.

Añadid que para ser bueno á la manera católica no basta contentarse con no hacer mal, sino que positivamente es preciso hacer mucho bien. Es necesario (algo más que un poco de beneficencia) respetar á los superiores, aunque sean malos; amar á los iguales, aunque no sean amables; tratar mansamente á los iracundos, y hacer bien á los propios enemigos. Es preciso, no sólo no murmurar del prójimo, sino corregirlo, ayudarlo y asistirlo en sus necesidades. Es preciso, no sólo no robar á otros, sino dar lo propio supérfluo á los pobres. Es preciso, no sólo no derrocar á los rivales, y no suplantarlos porque hacen sombra, sino conservar la humildad en el corazon y el justo sentimiento de la propia nulidad. Es preciso, no sólo no abandonarse á los deseos depravados del corazon, sino conservar intacta la pureza virginal ó la castidad conyugal, segun el propio estado; y esto á pesar de todos los incentivos del mundo, de la ruindad de los libertinos y de las rebeliones de la propia carne. Estas y otras semejantes á estas son las virtudes sin las cuales ninguno es bueno á la manera católica. Esto supuesto, ¿sería demasiado atrevido si dudase un poco de que estas virtudes se hallan en los que gritan tanto: *Basta ser bueno; mi religion es hacer bien?* Los Santos, que nunca

cesaban de rogar, de gemir, de ayunar y de fatigarse sirviendo á otros, no se atrevian á jactarse de ser buenos. ¿Cómo éstos, sin hacer nada, tanto nos aseguran que han dado con la verdadera religion? Quizás no pocos lectores, recorriendo estas razones, se reirán en su corazon de mí, que buenamente las aduzco. «¡Qué! dirán: ¿no basta la experiencia para demostrar victoriosamente que ésta es una máscara bajo la cual anidan todas las maldades?» Si los que leen este libro fueran de los que tienen algun conocimiento del mundo, sin duda que no tendrian necesidad de aquéllas; mas siempre hay un buen número de personas que por una ligereza incomprensible, ó por una simplicidad milagrosa, están dispuestas á creer todo lo que otros tienen la osadía de proferir: necesitan éstas que se las desengañe.

III. Con esto quisiera tambien corregir el modo de hablar que usan hasta personas no perversas, sino incautas, cuando elogian desmedidamente á los que han prescindido realmente de la religion si han conservado en el exterior cualquier natural honradez. Suelen decir *que no les falta sino un poco de religion, pues por lo demás...* ¡Cómo! ¿Es un hombre honrado aquel á quien le falta *sólomente* un poco de religion? ¿Ha caido, pues, el gran Dios tan bajo en la estimacion de los cristianos, que ponerlo aparte y olvidarlo sea una falta de que no se debe hacer caso? ¿No quita ya la fama de honradez violar los derechos del Creador, del Redentor, de Dios, dador de todo bien? ¿No es falta siquiera hacer vanos todos los designios por los cuales únicamente Dios nos ha colocado sobre la tierra, para los cuales nos ha provisto de todas las cualidades que poseemos, y por los que vertió toda su sangre en la Redencion?

¿Qué os parecería si dijese de un hombre que es honrado, pero que sólo tiene la falta de que á veces envenena, ó da puñaladas, ó arruina á otros por su placer, ó porque tiene poco dinero? ¿Qué diriais de una mujer de la cual os predicase todo género de bondades, añadiendo únicamente que le ha queda-



do sólo la debilidad de ofrecerse en las calles públicas á todos los que pasan? Os parecería una bēfa. ¿No os parece una bēfa mucho mayor decir de un hombre que no falta á las conveniencias sociales, sino á las debidas á Dios, y que honra á sus semejantes, aunque no respeta de ningun modo á su Creador? Que nunca, pues, os salga del lábio que existe honradez sin religion, porque hablando así se quita el horror que con justicia deben inspirar aquellos sepulcros blanqueados y hediondos que cubren con un poco de honradez natural un espíritu sin religion; quitase á los mismos infelices el estímulo que tendrían para convertirse si se viesen despreciados universalmente, como sería justo; y sobre todo, disminuye el concepto altísimo que se debe tener de Dios y de la piedad cristiana.

Si no guardára el mundo los miramientos que neciamente usa con los referidos, las ciudades católicas no tendrían tantos audaces que con la frente proterva y el corazón corrompido se vanaglorían de rechazar las creencias cristianas y de hollar las prácticas: como la mayor parte, temerosos de ser tachados de intolerantes, se achican, no se atreven á respirar, y, lo que es peor, aprueban por flojedad ó vileza de ánimo, aquellos felones se enorgullecen del modo más desmedido. ¡Ay, empero, de los que no se cuidan de Dios, si Dios no se cuida un día de ellos!

## CAPITULO X.

### Religion.

#### I. Un caballero no cambia de religion.

Ciertas máximas son como las modas, que dan la vuelta al mundo en breve tiempo. La que al frente va del capítulo, á saber, *que un caballero no cambia de religion*, es propiamente una de ellas. Los protestantes, no ménos que algunos católicos; los cismáticos, no ménos que los protestantes, la tienen con frecuencia en los lábios. En ciertas conversaciones, además, es el tema obligado donde concluyen todos los discursos de controversia ó sobre noticias religiosas: no faltan, por último, católicos, completamente indignos del nombre que llevan, que á fin de parecer *despreocupados*, la repiten cuando alguno refiere cualquier conversion del protestantismo ó del cisma á la verdad católica. Y sin embargo, aquel dicho, aunque aceptado por muchos, tal como se entiende por regla general, no es más que un error gravísimo.

¿Quereis verlo? Si es verdad universalmente que *un caballero no cambia de religion*, deberá ser verdad para todos los países del mundo. La verdad no se muda con el cambio de meridianos ó de altura polar: el caballero chino, pues, no deberá dejar nunca la religion de su Confucio; el caballero indio deberá estar siempre alrededor de su Budha; el caballero mahometano deberá dar siempre vueltas en torno de su Mahoma; el caballero judío deberá seguir desconociendo y blasfemando de Jesucristo, y así sucesivamente. Todos los idólatras y todos los gentiles, aunque hondamente caidos en el bátrato de las más asquerosas supersticiones, no deberán alejarse nunca un paso de sus errores. ¿Cómo no? Si